



EL PENSAMIENTO LINGÜÍSTICO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Concha D'Olhaberriague Ruiz de Aguirre

PRÓLOGO
Ángel López García-Molins

SPIRALIA ENSAYO

CONCHA D'OLHABERRIAGUE RUIZ DE AGUIRRE, *El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset*, Spiralia Ensayo, A Coruña, 2009, 343 pp. ISBN 978-84-92646-09-8.

UNO de los temas más recurrentes en la reflexión de las humanidades es en qué consiste el ejercicio mismo de la lectura. Aparte de los juicios que se han dado, podemos convenir que la lectura es una aventura y una conquista de palabras, ideas y conceptos nuevos. Nos ayuda a desempolvar nuestras telarañas mentales, ampliando nuestra visión de las cosas. Con la lectura tiramos por tierra dos de los vicios que nos alejan de la realidad de las cosas: los tópicos, o lugares comunes aceptados por todos, y las perogrulladas, esto es, las verdades o certezas que, por notoriamente sabidas, constituye una necedad o simpleza el decirlas. Pues bien, el libro de Concha D'Olhaberriague *El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset* imprime, página a página, que dejemos de lado dos convicciones que hasta ahora teníamos como un dogma y, puede ser que, a partir de este magnífico libro, dejemos en la cuneta algunos de los tópicos y perogrulladas del saber filosófico tanto español como europeo.

En primer lugar, se nos hace caer en la cuenta de que Ortega no sólo tuvo en cuenta el lenguaje, sino que, bien mirado, en su filosofía el lenguaje opera en primerísima línea. Esto acaba con la creencia de muchos que se dedican a la filosofía del lenguaje de que Ortega no tiene nada que ver con el lenguaje. Me refiero —no voy a esconderlo— a todos aquellos que se han dedicado en este país al análisis lógico del lenguaje. No es un secreto que, entre los lógicos y filósofos del lenguaje españoles, Ortega no tiene buena prensa, y que éste pasa de ser un mero embaucador a un simple literato; excepciones las hay, evidentemente —como Juan J. Acero, que ha dedicado varios trabajos al lenguaje en el pensamiento de Ortega—, pero la sensibilidad predominante es ésa. (No digamos ya lo que mantienen sobre Heidegger o Derrida.) Además, Ortega si tiene algo de excepcional, es que en cualquiera de sus textos podemos encontrar referencias y comentarios tan sorprendentes como precoces. Por ejemplo, en un escrito de 1941 dice lo siguiente:

Es incalculable el poder de ocultación que durante dos milenios ha ejercido este imperativo casi religioso de “lógicidad”... Hoy empezamos a caer en la cuenta de que no hay tal pensamiento lógico... Y cuando se ha querido en serio construir lógicamente la Lógica —en la logística, la lógica simbólica y la lógica matemática— se ha visto que era imposible, se ha descubierto, con espanto, que no hay concepto última y rigurosamente idéntico, que no hay juicio del que se pueda asegurar que no implica contradicción, que hay juicios los cuales no son ni verdaderos ni falsos, que hay verdades de las cuales se puede demostrar que son indemostrables, por tanto, que hay verdades ilógicas. *Ipsa ipso* varía por completo la perspectiva. Al aparecer lo lógico penetrado de ilogicidad pierde la patética distancia a que se hablaba de las otras formas de pensamiento (J. ORTEGA Y GASSET, ‘Apuntes sobre el pensamiento, su teurgia y su demiurgia’, *Obras completas*, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, 2006, vol. VI, pp. 12-13).

Y lo admirable del caso es que todo este texto citado acaba con una referencia a pie de página a una de las mentes más privilegiadas del siglo XX y una eminencia en el campo de la lógica: Wi-



llard Van Orman Quine. En España, ¿quién conocía en esos años a Quine? ¿Cuándo comenzó hablarse de lógica simbólica en nuestro país? Sabemos que bien entrados los años 60; de ahí el mérito orteguiano de atisbar y oler lo importante y excelso en el pensamiento filosófico, no sólo europeo, sino mundial.

En segundo lugar, lo que el libro de Concha D'Olhaberriague tira por tierra es que sólo exista *una* filosofía del lenguaje. Puede que por los errores mismos de las Facultades en la configuración de los estudios de Filosofía, se nos ha enseñado que filosofía del lenguaje sólo encontramos una: Frege, Russell, Carnap, Davidson, Wittgenstein o Quine. Pues no es así. Hay más formas de plantearse la cuestión y el problema del lenguaje desde la filosofía, y dista mucho de la visión canónica y dominante. Esto no es una crítica a dicha cosmovisión. Todo lo contrario. Es una exigencia de pluralidad filosófica producto de ideas y tesis que muestran otro prisma del problema. Aunque tenemos que admitir, y con gusto, que Ortega y el Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* están más unidos de lo que parece.

Ahora bien, si Ortega no se encuadra en la tradición canónica sobre el lenguaje, ¿qué tiene que decir sobre el mismo? ¿Posee una visión concreta en consonancia con su pensar filosófico? La respuesta se da al principio del libro que reseño: "Filosofía y reflexión lingüística fluyen en un seno común: la lengua, la cual es el medio constituyente de toda actividad reflexiva" (p. 16). Pero la virtud del libro es que conecta el concepto clave para definir a la persona como un ser lingüístico, la etimología, con la idea que vertebra toda su filosofía: la vida. En *Origen y epílogo de la filosofía* y otros textos, Ortega define al hombre como un *ser etimológico*. ¿Por qué? José Luis Molinuevo y otros especialistas han indagado en estas ideas tan prolíficas que podemos hallar, si se me permite, en el *último* Ortega, el de los años 40 y 50. Ahí desarrollará el sentido último de su proyecto filosófico a través de la *razón histórica*. Ésta, por definición, va a la raíz de las cosas y de los problemas, que se encuentran sujetos en la vida, y desde dicho punto explora lo que será la sociedad, la filosofía o el propio ser humano. En otras palabras, hace una etimología de todo problema, puesto que todo problema es susceptible de una narración, de una historia y un proceso. De ahí, y en diálogo profundo con Aristóteles, Ortega asumirá la vida como una cuestión personal, y nunca sustancial, al modo de los antiguos. Por tanto, su concepción del lenguaje está enmarcada en una respuesta a su situación vital. No es extraño, pues, que Ortega califique y defina al hombre en *El hombre y la gente* como *animal fantástico*. Debe fantasear, crear un mundo propio para vivir, y no para sobrevivir o adaptarse como el resto de los animales. Será la etimología de las palabras la que mostrará, pues, la evolución y el carácter dinámico de las cosas. Por ejemplo, la sociedad, a juicio de Ortega, se mueve entre una amalgama de tópicos y usos, palabras al fin, que tienen un peso normativo y conductual enorme. Aunque éste no es el momento, podemos ver destellos de similitud entre algunos textos de Quine y Wittgenstein.

Su concepción del lenguaje va más allá de cualquier positivismo y relativismo, porque Ortega cree en la verdad, en una jerarquía de las palabras, de los temas y preferencias. Su filosofía es, de principio a fin, una pedagogía de la estimación. Hoy esto puede sonar a incorrección política, pero para que la misma política recupere el terreno perdido necesita alimentarse y empaparse de una buena dosis de incorrección, de infligir dudas y dolores de cabeza. En 1951 dirá:

Cada palabra suele poseer una multiplicidad de sentidos que residen en ella estratificados, es decir, unos más superficiales y cotidianos, otros más recónditos y profundos... La lingüística positiva de comienzos de siglo no admitía que, por ningún serio motivo, pudiera hablarse de que las palabras tienen un sentido "verdadero" frente a otros que no lo son. El positivismo allanó el universo, lo igualó todo, vaciándolo. Pero lo cierto es que



las palabras tienen incuestionablemente un sentido privilegiado, máximo o auténtico; a saber, el que significaron cuando fueron creadas (J. ORTEGA Y GASSET, 'Anejo: en torno al Coloquio de Darmstadt', *Obras completas*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, vol. IX, pp. 636-637).

Así pues, con el libro de Concha D'Olhaberriague caemos en la cuenta de un problema que en Ortega pasaba, en ocasiones, de puntillas sobre nuestras lecturas y reflexiones. Sólo por eso su estudio se hace necesario. Abrirá perspectivas, nuevos enfoques que ayudarán a que Ortega y su obra estén siempre de actualidad. Ante un libro de estas características sólo podemos mostrar un actitud de gratitud y reconocimiento, sin perder de vista la necesaria y perenne crítica filosófica.

José Miguel Martínez Castelló